Revista Teosófica Cubana

La Navidad desde el punto de vista teosófico.
Geoffrey Hodson.

La música y la evolución.
C. B. Hankin.

Los factores morales como elemento de belleza.
Pedro Alejandro López.

La justicia.
J. Cruz Bustillo.

¿Cuál es el dharma de Cuba?
Andrés de J. González.

ॐ
NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD

DICIEMBRE
1939

La Sociedad Teosófica y la Teosofía

Presidente: Dr. George S. Arundale; Vicepresidente: Sr. Hirendra Nath Datta; Secretario: Sr. G. Srinivasa Murti; Tesorero: Sr. N. Sri Ram.
Organo Oficial del Presidente: THE THEOSOPHIST.
Oficinas Principales: ADYAR, Madrás, India.

La Sociedad Teosófica fué fundada en la ciudad de Nueva York el 17 de noviembre de 1875 por Helena Petrovna Blavatsky y el coronel Henry Steel Olcott, y trasladada e incorporada en Madrás, India, el 3 de abril de 1905.

Los Tres Objetos de la Sociedad son:

I.—Formar un núcleo de la Fraternidad Universal de la humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

II.—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

III.—Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes latentes en el hombre.

El único requisito para ser miembro de La Sociedad Teosófica es aceptar el primer objeto, referente a la Fraternidad. Ningún escritor o instructor posee autoridad para imponer sus opiniones a los miembros, pues dentro de La Sociedad cada cual goza de plena libertad para conservar sus creencias religiosas, conceptos filosóficos, etc., y para expresar abiertamente sus ideas, sin otros límites que la cortesía y consideración para con los demás.

La Teosofía constituye la esencia de la verdad, y es la base de todas las filosofías, ciencias, religiones y artes. Proporciona una filosofía que hace inteligible la vida, y demuestra que la evolución está guiada por la más perfecta justicia, sabiduría y amor. Sitúa a la muerte en el lugar que le corresponde, como un incidente cíclico en la vida infinita, que abre las puertas de una existencia más radiante. Devuelve al mundo la Ciencia del Espíritu, enseñando al hombre a reconocerse como el Espíritu mismo, y a la mente, las emociones y el cuerpo como sus servidores; ilumina las escrituras y doctrinas religiosas descubriendo sus significados ocultos, pero sostiene que la Verdad se alcanza por el esfuerzo individual y no se impone por el dogma.

Los miembros de La Sociedad Teosófica estudian la Verdad dondequiera que se encuentra y hacen lo posible por vivirla. Toda persona tolerante y deseosa de estudiar y de trabajar en pro de la Fraternidad es bienvenida en La Sociedad, pero de cada miembro depende el expresar en mayor o menor grado los ideales de la Teosofía en la vida diaria y llegar a ser un verdadero teósofo.

REVISTA TEOSÓFICA CUBANA

ORGANO OFICIAL DE LA SECCION CUBANA DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA

Vol. XXXIV DICIEMBRE, 1939 NUM. 12

LA HABANA, CUBA

En este número:



No hemos de considerar la Pascua de Navidad sólo como fiesta exclusivamente cristiana. Es, en realidad, la celebración del renacimiento del Dios-Sol, de entre las brumas y tempestades del invierno. Es espléndida ocasión de casi universal júbilo, de buena voluntad y fraternidad. Bien lo saben las huestes angélicas: por eso reconocen que en esta época se hallan los hombres mejor dispuestos que de costumbre para recibir su influencia, y aprovechan plenamente esta oportunidad. Correspondamos nosotros a sus sentimientos de amor, y que esta respuesta se manifieste en un acrecentamiento de amor hacia nuestros semejantes. En Pascua se juntan el cielo y la tierra. Que todos los seres se regocijen y gocen la beatitud de esa maravillosa unión.

C. W. LEADBEATER.

La Navidad desde el punto de vista teosófico

Geoffrey Hodson

En la época de Navidad, los cristianos del mundo entero celebran el nacimiento del Cristo Niño allá en Belén hace unos dos mil años. En La Sociedad Teosófica, donde buscamos el significado místico que entrañan las enseñanzas de los credos universales, celebramos también otro nacimiento, pero éste no está limitado por el tiempo, ya que tiene lugar perpetuamente. Celebramos el nacimiento de Cristo en toda la Naturaleza y, especialmente, en la raza humana.

Me refiero al nacimiento místico del Cristo Niño en el corazón del hombre como individuo. Según se acerca para éste el momento en que ha de terminar su larga peregrinación hacia la perfección y ha de convertirse en Cristo al alcanzar la realización triunfal de "perfección", ocurre un gran cambio en el aspirante, un nacimiento interno que es el despertar de la conciencia de Cristo hasta entonces latente en él. En el Cristianismo Místico se hace referencia a esto como al nacimiento del Cristo Niño en el hombre, aquel nacimiento que San Pablo anhelaba producir en el corazón de sus neófitos. En este artículo sobre la Navidad, deseo presentar una interpretación mística de este nacimiento en el individuo, así como de las etapas de crecimiento que le siguen, según las representa el drama evangélico de la vida de Cristo.

El nacimiento del Cristo Niño es la primera etapa. Esto significa que el neófito se torna "como un pequeño niño", débil (desde el punto de vista mundano), inocente y puro. Este estado de debilidad e inocencia representa la renunciación a las riquezas y recompensas de este mundo, así como el logro de un completo desapasionamiento. En este sentido, el neófito se convierte en un niñito al que ya no atraen los tesoros de la tierra que tan ávidamente codician sus semejantes. Cuando se ha hecho esta gran renunciación—en realidad, no requiere esfuerzo, ya que lo transitorio deja de atraerle según despierta él a lo eterno—, por una extraña paradoja, como dice la historia, los reyes del Universo se unen para depositar tesoros a sus pies. En otras palabras: sus necesidades materiales son invariablemente satisfechas; sin poseer nada, jamás de nada carece.

De esta manera, habiendo experimentado en sí mismo un nuevo nacimiento espiritual, es recibido en los mundos superiores y llevado a presencia de "los hombres justos hechos perfectos", aquellos que han recorrido la senda antes que él y han llegado ya a la meta. A presencia de Ellos, y de manos de Uno de los suyos, recibe su investidura de Caballero, un verdadero espaldarazo, de la cual todas las investiduras externas son apenas una sombra y un símbolo. Al toque del Cetro de Poder despierta al conocimiento, a la experiencia viva de que la vida es una.

Desde ese momento es un hombre libre, libre del hogar, de la familia, de la raza, como bien lo conoció María, la Madre de Jesús, cuando al dirigirse a El en reproche por su alejamiento del hogar, recibió en el Templo la suave repulsa: "¿No sabéis que tengo que atender a los asuntos de mi Padre?"

Según palpa gradualmente los frutos de su nuevo nacimiento y experimenta el hecho real de la unidad de todo lo creado, se abren ante El las puertas del segundo vestíbulo. Entonces ocurre una nueva experiencia interna, simbolizada en el drama bíblico por el bautismo en las aguas del Jordán a manos de Juan el Bautista. Estas aguas son los sufrimientos del mundo en los que él, aspirante a tornarse en su Salvador, debe ser bautizado para que conozca estos males y aprenda a aliviarlos.

Detengámonos aquí un momento, para darnos cuenta de que las experiencias con que nos enfrentamos en estas grandes etapas, cinco en total, son sufridas en pequeña escala durante la vida de cada uno de nosotros, como si se nos preparara para la gran experiencia que algún día ha de ser nuestra. Así, también nosotros tenemos nuestros pequeños bautismos en las aguas del sufrimiento universal, nuestras tentaciones, nuestras victorias, nuestras transfiguraciones, nuestro Getsemaní y, también, nuestra crucifixión. Es más fácil conservar el valor en medio de las dificultades, y el dominio en sí mismo en medio de la felicidad, si en nuestra mente se mantiene viva la idea de que estas experiencias son, como si dijéramos, ensayos para los grandes acontecimientos que hemos de vivir más adelante. El poder es la secuela del dolor, y se nos dice que después del Jordán nuevos raudales de poder descendieron sobre El, que los cielos se abrieron y que entonces prosiguió El su camino, adentrándose en el mundo investido de divina autoridad.

Siguen entonces las grandes tentaciones en el desierto, símbolo del materialismo y egoísmo mundanos. El Iniciado es tentado

para que haga mal uso de sus recién adquiridos poderes, degradándolos al emplearlos en la satisfacción de sus ambiciones y deseos personales. Finalmente triunfa, diciendo: "¡Aléjate, Satanás", y prosigue su camino, dirigiendo sus pasos al recto empleo de su poder para curar al enfermo, resucitar a los muertos y ejecutar muchos milagros. También en esta etapa es cuando empieza El a reunir a su alrededor, como discípulos, a aquellos a quienes percibe próximos a la Senda de rápido Desarrollo, de la misma senda que El sigue, y a los cuales habrá de guiar. Aquí es cuando se abren ante El las puertas del tercer vestíbulo, representado por la Transfiguración sobre la Montaña.

La Montaña es un símbolo muy frecuentemente empleado en la Biblia, y se refiere a la conciencia superior, donde solamente podía Elías comulgar con Dios, Moisés recibir los Mandamientos de la Ley y Jesús pronunciar Su gran Sermón, orar y ser transfigurado.

Experimenta El entonces breve período de iluminación y de paz. Codo a codo con otros que han recorrido el camino antes que El y que perciben las señales de divinidad que en El se desarrollan, El vislumbra el porvenir y, consciente de lo que le espera, se encamina al huerto de Getsemaní, símbolo de la noche del alma y con la que todos aquellos que buscan las alturas interiores tendrán que enfrentarse. Frecuentemente muchos de nosotros vislumbramos esta noche de tinieblas en medio de las aflicciones, soledades y traiciones que se nos fuerza a sufrir. Y debemos soportar todas esas vicisitudes con valor, sin resentimiento y hasta acogiéndolas con amor, ya que no solamente nos anuncian un altísimo fin, sino que, poco a poco, nos abren las puertas para realizarlo.

En las tinieblas de Getsemaní, Cristo experimentó la quintaesencia de la soledad. Vió que sus discípulos dormitaban a su alrededor, sin que hubiera, en esa hora de gran necesidad, una mano generosa que se le extendiera para ayudarlo. Se nos dice que raramente pasa un alma por esta etapa sin emitir el grito de angustia: "¡Qué! ¿No habéis podido velar conmigo siquiera una hora?" No obstante, a pesar de que la naturaleza humana rechaza el cáliz, éste es al fin aceptado. La Divinidad interior triunfa sobre el hombre mortal, y la voluntad de éste se rinde a la Divinidad.

Sigue la cuarta gran etapa, la Crucifixión, que significa la muerte del yo personal y el fin de toda separatividad, lo que fre-

cuentemente se logra solamente por medio del dolor. Aquí el Iniciado se hunde en tinieblas aún más profundas en las que parece abrirse un abismo entre el Padre y el Hijo, entre la vida infinita y la vida encarnada. Es la mayor de todas las ordalías. La hora del tan esperado triunfo se convierte en la más profunda ignominia. Ve a su alrededor enemigos alborozados, es abandonado, y hasta traicionado, por sus amigos, y sorbe el amargo trago —otro gran símbolo—del aislamiento, la difamación y la perfidia. Está completamente aislado y sólo la Nada se extiende bajo el precipicio sobre el cual pende su alma. El Padre, ya logrado en el Getsemaní, está velado en la pasión de la Cruz. Y entonces del corazón que se siente sin amparo brota el grito de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

¿Cuál es la finalidad de esta terrible y última prueba? Aparentemente es necesaria, y todos deben pasar por ella antes de llegar a la meta triunfal; necesaria, porque la meta no es solamente unión, sino también identidad con Dios; porque debe llegar al conocimiento que Dios es Su propio sér, y que El es lo Eterno, y lo Eterno es El mismo. Entonces, y con pleno conocimiento, está en condiciones de pronunciar—ya libre por siempre de toda posibilidad de separatividad—las poderosas y liberadoras palabras: "Yo y el Padre somos Uno."

La Resurrección simboliza el completo dominio del yo inferior, la liberación de la necesidad de volver a nacer por haberse ya logrado la victoria sobre la muerte misma. A esto sigue de manera natural la Ascensión al más completo conocimiento y el consciente empleo de Su divinidad y de sus poderes.

Por fin se ha logrado la meta de la vida humana. Aquello que nació en El al principio "como un pequeño niño", se ha desarrollado "a la medida de la estatura de plenitud de Cristo".

Ojalá que esta gran verdad que celebramos en esta Pascua de Navidad se manifieste en nuestras vidas, que conozcamos del júbilo de un nuevo nacimiento, y que nuestros pasos sean encaminados por la Senda que ha de llevarnos a la vida eterna.

Theosophy in Australia, Sydney, diciembre 1937.

Traductor: Mauricio A. Contreras, M. S. T.

EL MEDIADOR

C. Jinarajadasa

La grande alma que llega a ser un Cristo es el sumo sacerdote de la Humanidad, porque las corrientes de vida que fluyen a través de todas las almas vuelven a su Origen no sólo a través de ellas mismas, sino también, de misterioso modo, a través de El. Un Cristo es un Mediador, porque Su naturaleza es dual: es hombre y Dios. Por haber alcanzado la perfección, es Dios; por ser fruto de un proceso evolutivo y formar aún parte de él, es hombre. Y por eso es sacerdote del género humano, que oficia en el altar de la Humanidad, y eleva a Dios la ofrenda en nombre de los hombres, sus hermanos. Pero al mismo tiempo es el canal por el cual la Bendición Divina se transmite a la Humanidad. El se yergue a mitad del camino que va del hombre a Dios, como Mediador a través del cual descienden y luego ascienden las corrientes de vida.

Ni una sola vibración de júbilo estremece al mundo sin que halle en El instantánea respuesta. Habiendo llegado a ser uno con todo lo que vive, retorna El a Su Fuente las aguas vivas que de las alturas se vierten sobre todos los seres, y que de las criaturas fluyen después de haberlas vivificado. Al lanzarlas de nuevo hacia lo Alto, El entona el himno de alabanza que en esas criaturas vibra confusamente, pero que ellas no saben expresar. Y ofrece a la Vida Una el júbilo del sacrificio que brota en los hombres que alzan los ojos hacia la Luz y se consagran a servirla.

Al celebrar la Pascua de Navidad, nuestro gozo no puede ser perfecto si no lo compartimos con otros menos afortunados que nosotros. Que el espíritu pascual penetre, pues, en nuestros corazones, y nos haga sentir en lo más íntimo aquello que cantaron los ángeles en un lejano día: Primero: "Gloria a Dios en las alturas"; y en seguida, y no menos fervientemente: "Paz en la tierra, y buena voluntad hacia todos los hombres".

C. W. LEADBEATER.

La Música y la Evolución

C. B. Hankin

De todos los factores que contribuyen a amenizar la vida social moderna, la música es la más popular, la más extendida y la más poderosa. Es inseparable de dos pasatiempos tan corrientes como son el cine y el baile. De hecho, la música no puede faltar en ninguna parte donde las gentes se reúnan para divertirse.

Pero es indudable que hay seria necesidad de hacer el inventario de la música, ya que hoy en día se pueden notar en ella tendencias muy indeseables. Cyril Scott, artista y pensador moderno, alza la voz, por ejemplo, en contra de la tendencia moderna hacia el uso excesivo del ritmo en la música. Aun desde fecha tan lejana como 1873, Hugh Reginald Haweis, en su libro *La Música y la Moral*, llamó la atención sobre las posibilidades indeseables de cierta clase de música.

No es necesario, al darle la debida atención a este tema, tomar en cuenta el gusto personal del músico o del oyente, en cuanto a si prefieren música sabia o popular, clásica o sincopada. No hay duda de que cuando esos gustos son genuinos reflejan la personalidad. Pero ahora sólo nos concierne aquello que es la raíz del gusto: la psicología de la tonalidad.

Naturalmente que la música es al mismo tiempo un reflejo de las características de un pueblo y una influencia que reacciona poderosamente sobre su futuro desarrollo. La música, por supuesto, no es el único elemento cultural que así actúa. Nosotros mismos formamos todos nuestros hábitos, y éstos, a su vez, nos modifican, si no estamos alerta.

Hace unos años, Phillip Kerr declaró, en un debate sobre el arte moderno, que "lo grosero y burdo del arte moderno se debe al predominante culto al mecanismo y a la satisfacción del sensualismo vulgar... El arte y la moral pueden desdeñarse mutuamente; pero cuando así sucede, ninguno de los dos alcanza su forma más noble".

Esta crítica es más aplicable hoy en día a la música que a cualesquiera de las otras artes. ¿Qué es exactamente lo que queremos decir con la palabra "burdo"? He aquí un ejemplo tomado de tres anuncios que aparecen en una revista, y que aparecían bajo el rubro *Música*: "Compositores de canciones, soliciten nuestro diccionario de rimas y guía para compositores de canciones." "Se pone música a cualquier texto, a bajo precio; folletos de rimas al

que los solicite." "Para compositores de canciones: gratis, consejos para la venta."

Los Comienzos de la Música.

Para una mayor comprensión de las tendencias modernas, volvamos la vista al pasado. Nos limitaremos a la música occidental, y no sólo por ser la que más directamente nos atañe. Es que la música india, por ejemplo, con su ritmo limitado a la melodía, sus melancólicas y misteriosas canciones nativas y su entonación natural, no es fácilmente comprensible para los occidentales. Y por otra parte, la música china, quizás antítesis de la anterior, con su ritmo "angular", su excesiva percusión y su escasez de interés melódico, nos es casi intolerable.

Los pueblos primitivos no tienen música, a no ser la que se asocia a los ritos religiosos, donde hay quizá sencillas frases melódicas muy repetidas y acompañadas por ritmos ruidosos de percusión. El uso predominante y hasta exclusivo de instrumentos de percusión está en proporción directa con la superstición y atraso de la tribu. Los miembros de ésta usan gongos, güiros, huesos huecos y cráneos humanos: todos estos instrumentos primitivos pueden tocarse de tal modo que hagan caer a un grupo de seres poco evolucionados en un estado de frenesí. No hay melodía propiamente dicha, porque, casi en seguida, las cortas frases melódicas, en virtud de su continua repetición, se disuelven en otra percusión de mayor longitud de onda, como si dijéramos. El efecto de esa percusión es fácil de comprobar, y cuando se producen las tonalidades y condiciones apropiadas, resulta, en verdad, pavoroso. Teniendo esto en cuenta, pasemos adelante.

Cuando la música propiamente dicha comenzó a evolucionar en Occidente, el uso del ritmo cedió el primer lugar al empleo de diseños melódicos. La emoción y la mente estaban progresando, y se exigía algo que mantuviese el interés. Como es natural, la melodía era imperfecta, porque aún no estaba regida por el ritmo, y la armonía era todavía desconocida.

En los primeros siglos, la Iglesia fué la protectora del arte naciente. Apareció el *organum,* la forma más primitiva de la armonía, y tuvo su día, cediendo después el puesto al discante. Llegó luego una época en que el desarrollo de la música, independizándose de la Iglesia, progresó con rapidez, alentado muy especialmente por los trovadores, *trouvères* y *minnesingers.* Mucho podría escribirse sobre esto; pero basta decir que de entonces acá se han

sucedido el desarrollo de la armonía moderna, el surgimiento de lo romántico, lo temático y de las escuelas de música ambiental. Se ha inventado la escala de temple regular, dándose con ello acaso el más importante de todos los pasos en la historia de la música occidental. También se ha observado la aparición y el auge de toda clase de formas musicales, origen a su vez de un caudal incalculable de composiciones, desde la majestuosa sinfonía hasta la exquisita música de cámara, desde la clásica sonata y fuga a las delicadas danzas antiguas. Poseemos hoy en día todos los recursos de la armonía e instrumentación moderna: un magnífico tesoro.

No hay la más pequeña duda de que para comprender bien la música hay que estudiarla. Pero también hay que reconocer, en su alabanza, que con sólo un poco de verdadera atención, la música nos ofrece un goce incomparablemente superior al esfuerzo consagrado a su estudio.

TENDENCIAS ACTUALES.

Pero hoy en día está sucediendo algo nada grato de observar. Hablando con claridad, parece que muchos de nosotros no estamos dispuestos a consagrar a la comprensión del arte musical ni siquiera ese pequeño esfuerzo que su estudio requiere. De ello han surgido dos distintas tendencias. Y diremos que son dos, para hacer en cierto modo justicia a una de ellas.

La primera es la tendencia a no considerar la música como un arte realmente digno de estudio. Para muchos, ha descendido al nivel de pura diversión, de mero pasatiempo, en vez de ser medio de goce interno, de recreación para el espíritu. Cuando se le da a la música su verdadero valor, provee descanso y solaz al espíritu, exigiendo al mismo tiempo ese esfuerzo mental y físico que tan a menudo proporciona un cambio tan beneficioso como lo puede ser el descanso. El verdadero recreo del espíritu no es holgazanería: la diversión sí puede serlo.

Hay que tener en cuenta cierto factor que entra en juego. Hemos cerrado en estos últimos años lo que podríamos llamar el ciclo de música temática, y está surgiendo una escuela de ambiente romántico. Esto quiere decir, sencillamente, que en vez de música desarrollada sobre uno o varios temas, con ayuda de la armonía y del contrapunto, los compositores escriben ahora música de un tipo más impresionista. Esto no está mal, si no se sale de su lugar. Alborea un nuevo día del arte, y surge la gran tentación de com-

poner, con los recursos de la armonía y del contrapunto, una música de tipo más impresionista. Pero ese tipo de música requiere, para su comprensión, un esfuerzo mental mucho menor que la música temática, ya que depende más de la atracción emotiva. Y ahí está el peligro. Aunque es innegable que esa música despierta las emociones, debiera ser un llamamiento muy sutil a las emociones elevadas; y lo lamentable es que cierta pseudo-emotividad puede despertarse fácilmente, reemplazando a aquellas mejores, cuando el que escucha es mental y emocionalmente haragán.

Este doble efecto que consiste en exigir menos esfuerzo mental y en despertar las pseudo-emociones bajas, está fomentando una gran pereza musical, al mismo tiempo que una malsana excitación nerviosa. Es fácil observar lo que sucede. Fluye por el mundo, sin cesar, un caudal de música, música de claras líneas melódicas, emocionalmente seductora en su armonía, y ricamente adornada por medio de los recursos de la instrumentación moderna. Atractiva, brillante, fácil de comprender, excitante, alígera, sutil, El público pide algo cuyo goce no cueste ningún esfuerzo; y donde existe la demanda, nunca falta la provisión.

Esta es la tendencia que tiene, por lo menos, una justificación. Esa música, por lo visto, llena una necesidad actual. Hay poco que decir contra ella, salvo que es lástima que nos estemos dejando llevar de la haraganería musical, ayudados por los buenos oficios del fonógrafo y la pianola. Dejemos, por el momento, al radio, ya que es cosa de gran importancia por sí solo. Podemos, pues, decir, por lo menos, que esta tendencia está obstaculizando la evolución, porque tiende definidamente a detener el desarrollo estético. La pereza, negativa en sí misma, está dando, por desgracia, un resultado muy positivo.

Retroceso a lo primitivo.

Pero hay otra tendencia por la que no podemos ofrecer disculpa alguna. Es un retroceso muy definido el que señala la marcada tendencia actual hacia ese tipo de música cuya característica principal es el uso de tambores, címbalos y aparatos raros para producir ruidos horripilantes y síncopas violentas. Otro hábito que desgraciadamente se ha introducido es la mutilación del verdadero tono musical por el uso de exrañas sordinas, especialmente en los instrumentos de viento.

Esta tendencia comenzó a observarse primero en los Estados Unidos, al inicio del presente siglo. Nació de la población negra,

y coincidió con la creciente carencia general de la verdadera comprensión musical. Aunque es una clase de música bastante natural para los que tienen ascendencia africana, es una desgracia que se haya extendido. De los Estados Unidos pasó a Europa, y aunque allí no a todos gustó por igual, llegó a ser, y es aún, un factor con el que tenemos que contar. ¿Cuál es ese factor? Sencillamente, éste: que al absorber ese tipo de música de nuestros hermanos africanos, y permitir que se convierta en algo nuestro, adaptándonos inconscientemente a sus crudezas, estamos retrocediendo sabe Dios cuántas etapas en la evolución, en cuanto a esa faceta de nuestro desarrollo se refiere.

No es un problema de simple buen gusto. Es una realidad positiva. Las primitivas etapas de la evolución requieren percusiones violentas y ritmos bien marcados por medio de ruidos, para la comprensión rudimentaria de lo que ha de ser el germen de la verdadera música. No hay cabida para la melodía ni la armonía: éstas sólo aparecen con el desarrollo de las emociones elevadas y del intelecto. Luego si después de adquirir esas facultades emotivas e intelectuales, deliberadamente permitimos que las cosas primitivas encuentren en nosotros campo abierto, somos infieles a nosotros mismos, traicionamos los pasados esfuerzos que hicimos para avanzar, y desechamos el progreso que con tales esfuerzos obtuvimos. No hay censura suficientemente fuerte para tal proceder y tal estado de cosas. Es inútil decir que estamos creando algo nuevo, una forma exhilarante de música bailable. No es verdad. No hacemos más que resucitar algo ya descartado, ya inservible desde hace largo tiempo, degradando nuestras energías nerviosas, y agotando nuestros nervios que silenciosamente se rebelan contra la anormalidad que así se les impone.

De todo esto ha resultado algo que era muy de esperarse. Al adoptar los individuos intelectuales esas formas primitivas, pronto se cansaron de sus limitaciones y sencillez. ¡Es natural! Y, por lo tanto, ¡han resuelto intensificar sus crudezas! La síncopa, relativamente sencilla al principio, se ha complicado a tal extremo, que al escuchar a ciertas orquestas de baile resulta un enigma averiguar en qué medida escribió la música el autor. Por otra parte, oímos pasajes enteros en que los instrumentos musicales permanecen en silencio, y lo único que se oye es la percusión. En todo esto se revela el deseo del cambio continuo, a cualquier cosa, hacia cualquier parte: pero un cambio incesante, un estímulo nuevo para

las emociones agotadas. Y el material que emplean carece de capacidad para ofrecer ese cambio tan ansiado.

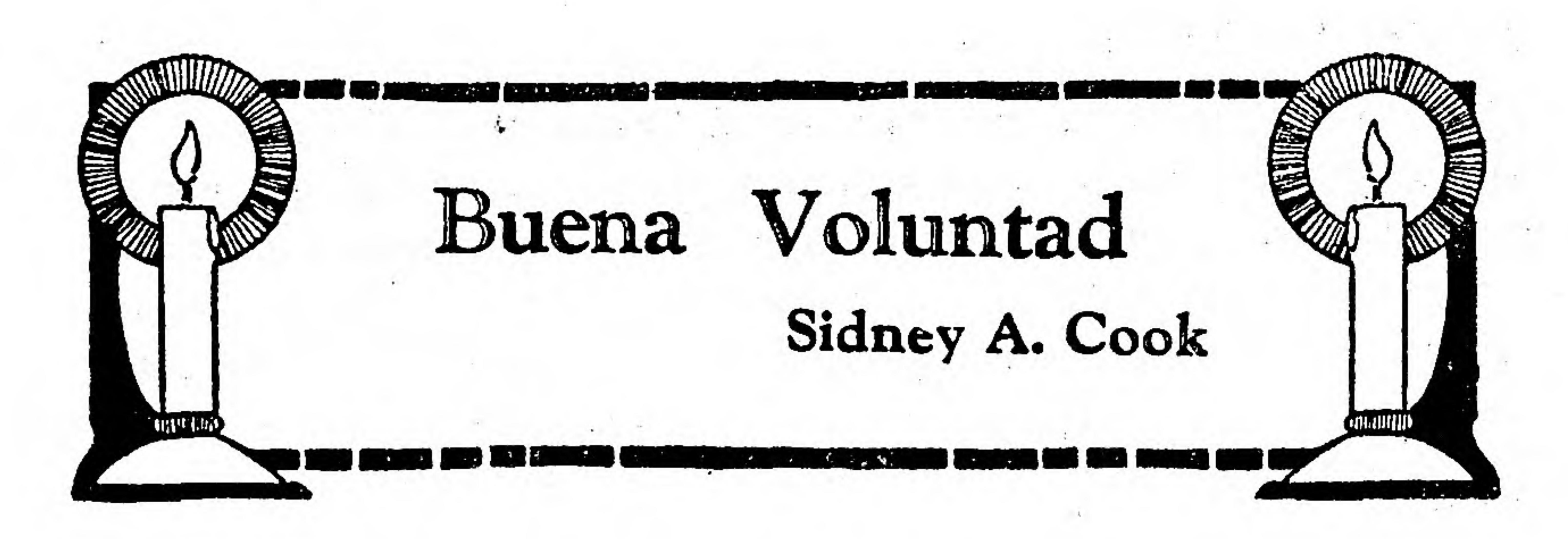
El peligro del Jazz.

En todo esto no sólo hay un retroceso, sino un peligro muy definido de desintegración de los sentimientos más elevados. No es una, son dos cosas muy distintas. Podemos comparar la situación actual a la de quien posee un instrumento admirablemente confeccionado y lo utiliza para fines degradantes. Si se detiene a tiempo, puede limpiar, purificar, aguzar de nuevo ese instrumento, restituyéndolo luego a su uso verdadero. Pero si persiste, corre el peligro de hacerlo pedazos, y entonces quien lo fabricó tendrá que recomenzar su obra. Al persistir en esas rudezas primitivas, embotamos nuestra percepción de las más refinadas tonalidades musicales, y con el tiempo nos encontraremos incapacitados para recobrar esa finura de percepción que perdimos. El peligro no se reduce al amortiguamiento de nuestra sensibilidad por el efecto ensordecedor de la percusión o por la acción del ritmo continuamente interrumpido, que destrozan los nervios. Existe también el de destruir nuestro sentido de la tonalidad, debido al uso constante de tonos antinaturales. Basta oír con atención los sonidos extrañamente desvitalizados que producen las sordinas, y observar el número y variedad de sordinas en uso. ¿Qué clase de vida pueden producir los sonidos *muertos*?

A nosotros toca elegir entre estos tres caminos: malgastar una preciosa herencia artística, en aras de la pereza mental y emotiva; retroceder no se sabe cuántas etapas de evolución en lo que se refiere a nuestro progreso estético y a la finura y riqueza de nuestras percepciones; o, por el contrario, defender, mantener y enriquecer la gloriosa herencia de belleza musical de que gozamos.

Theosophy in Australia, Sidney, julio 1939.

Traductor: Ernesto Medina, logia *Kut Humi,* La Habana.



Buena Voluntad

Sidney A. Cook

Llega la Pascua este año a un mundo que más urgentemente que nunca necesita que el espíritu de buena voluntad irradie de los corazones de los hombres. El hecho de que Cristo vierta sobre el mundo el más espléndido caudal de esa buena voluntad y que a la vez el mundo la niegue, en mil formas y maneras, no prueba sino la gran verdad de que este mundo no puede redimirse sino cuando los corazones de los hombres se dispongan de veras a abrirse a esa influencia benéfica. En medio de los horrores y de las persecuciones, en medio de la guerra, militar en unos sitios y económica en todos, la responsabilidad de aquellos que saben que la unidad del género humano es ley de la Naturaleza—aunque los hombres mismos la nieguen a cada paso—, se destaca con más prístina claridad. Sin aprobar ni excusar jamás ningún acto que viole la fraternidad, los que saben, los que aman, aquellos en quienes resplandece, por levemente que sea, el espíritu de Cristo, no irradian más que buena voluntad hacia todos sus semejantes. Perseguidores y perseguidos, agresores y defensores, los que hacen la guerra y los que la padecen, son todos hombres, prójimos, hermanos. Cristo a nadie niega Su bendición. Su amor abraza a todos los seres, y algún día vivificará el amor en los corazones de todos los hombres, porque en realidad no hay un solo corazón humano que no lleve en sí—aunque a veces totalmente dormido—el germen de ese radiante espíritu de buena voluntad hacia el Universo entero. Sólo de corazón a corazón se esparcirá por el mundo este vivificante espíritu. A Su inmenso amor por los hombres, algún día responderá la Humanidad toda. A nosotros corresponde la responsabilidad de mantener siempre invariable nuestra efusión de buena voluntad, para contribuír a que irradie sobre el mundo el generoso, ilimitado amor de Cristo.

Allí donde reine el odio y prevalezcan los ultrajes contra la fraternidad, es precisamente hacia donde debe efundirse la buena voluntad, para que suavice los corazones y reavive la Divi-

nidad innata en todo sér, aun en el tirano y en el opresor. Ni la animosidad, ni la mala voluntad, ni el espíritu de enemistad pueden auxiliar en nada al triste mundo. Todos estos sentimientos no sirven más que para intensificar las destructoras fuerzas de la crueldad. Unicamente la buena voluntad en activa irradiación—que es manifestación del espíritu del Cristo—puede prevalecer contra las fuerzas de las tinieblas.

Hombres de buena voluntad, difundidla más que nunca durante esta Pascua. Amad a todos vuestros hermanos: a aquel que os merece aprecio, por supuesto; pero no menos a aquel cuyos actos os inspiran repulsión. Este último es el que más necesita recibir la efusión de buena voluntad. Y porque hay muchos y muchos de ellos en el mundo, es por lo que el mundo necesita más y más de vuestra buena voluntad.

Permanecer inalterable en el bien, en el amor, cuando se extienden sobre la tierra las tinieblas, es apresurar el advenimiento de la luz.

¿Estás dispuesto a inclinarte para conocer más de cerca las necesidades y los deseos de los niños?

¿A recordar la debilidad y soledad que sufren los que se hunden en el ocaso de la vida?

¿A dejar de preguntarte cuánto te aman tus amigos, e interrogarte, en cambio, si los amas tú lo suficiente?

¿A tratar de saber qué es lo que de veras desean los que viven a tu lado, sin esperar a que ellos te lo digan?

¿A aderezar tu lámpara, de modo que esparza más luz y menos humo, y a alzarla hacia adelante, para que sobre ti caiga su sombra y su luz se proyecte sobre los demás?

¿A cavar una tumba para tus malos pensamientos y cultivar un jardín para tus sentimientos generosos, un jardín de puertas siempre abiertas?

¿Estás dispuesto a hacer todas estas cosas, durante un día siquiera?

Entonces, puedes celebrar la Pascua.

Van DYKE.

Los factores morales como elemento de belleza

Pedro Alejandro López

Una noche, toda llena de luz radiosa, de armonías infinitas; una noche grata ya pasada, organizó la logia *Dhruva* un *symposium* sugestivo e interesante. El tema principal fué la guerra, o mejor, qué actitud debía asumir el teósofo frente a ese monstruo de múltiples y pavorosas cabezas. Unos hermanos, plenos de convicción y de buena fe, manifestaron que la guerra la causaba el odio entre naciones por la hegemonía y que la disposición de ánimo del teósofo debía ser la de combatir, con la idea de bien y de progreso, ese mal, ese horror, hasta formar una conciencia nueva contraria a esa catástrofe, a esa siega de vidas en flor. Otros hermanos significaron que la guerra la producían los intereses creados frente a nuevos intereses que pretendían sustituir a aquéllos, y que la actitud del teósofo ha de ser la de influir en el pueblo, en la masa obrera, para que esta clase, en el porvenir, vaya contra los armamentos homicidas o se niegue a ser carne de cañón. Y hasta hubo una mujer—ojos lúcidos que semejaban dos estrellas parpadeantes en la alta noche; boca fresca por la que creímos ver salir las palabras como lenguas de fuego—, una mujer moderna dijo que la guerra era producto de todos los imperialismos y que el teósofo, ya que no podía evitar esa calamidad, por lo menos, no debiera apasionarse a favor de uno u otro bando contendiente, pues a lo mejor tendría amigos en los dos bandos.

Y yo digo que la guerra la desata el egoísmo cruel, el ansia loca de propiedad, el exaltamiento de "lo mío" y "lo tuyo", y que frente a ese mal que parece inevitable, mientras no sea sustituído el egoísmo humano por el amor puro, la actitud del teósofo debe ser la de observación, a fin de comprobar si es cierto o no que triunfan los factores morales.

¿Y qué son los factores morales? Son fuerzas sutiles, imponderables, elásticas, pero positivas, reales, como cualquier objeto, sólo que son tangibles para el espíritu, para esa entidad interior que es "más pura que la nieve, más radiosa que el sol, más alígera que el viento". Los factores morales son a modo de un ejército invisible que va minando lentamente las murallas, que parecen inconmovibles, de la materialidad, de odios, rencores, intereses

creados, imperialismos rapaces, egoísmos y delirios de propiedad inhumanos. Ese ejército invisible demuele y construye a la vez. Poco a poco, sin apresuramientos espectaculares, va usando en el silencio y la sombra su piqueta demoledora, va destruyendo todo lo morboso, todo lo nocivo, todo lo que obstruye el libre tránsito a las ideas de bien y de progreso, y, a la vez, ese ejército de elementales, va construyendo, también con lentitud creadora, cuanto es signo de armonía y belleza.

En todas las luchas de los hombres, por egoístas que sean, siempre veremos triunfar los factores morales. Sobre los campos de desolación y muerte, siempre hemos de ver surgir las galas de la naturaleza que lo transforman todo en nueva vida, en nuevos elementos de belleza. ¿Por qué? Sencillamente porque ese ejército invisible, de que antes hablé, se encarga de hacer brotar los cármenes preciosos que serán un regalo para los ojos sorprendidos y una gustación íntima para los que son devotos admiradores de la divina creación.

Los factores morales son el norte de la vida humana. Con ellos por escudo, se triunfa en todas las actividades, porque ellos son el impulso generoso, la fuerza creadora, el acicate propulsor. Cuando todos flaqueen ante los obstáculos; cuando el pesimismo enervador invada a los hombres débiles; cuando la angustia conturbe los espíritus poco reflexivos, los que posean los factores morales, los que sean fieles a los dictados de su conciencia—que es donde está el asiento de estos factores—sabrán salir airosos en sus propósitos, porque la fuerza moral los ayudará a obviar dificultades y una como luz espiritual les iluminará el camino hacia toda noble consecución.

Esto lo vemos en la práctica. Varios hombres planean una empresa, se unen y conciertan para desenvolver determinado negocio. A pesar de la buena voluntad de todos y de lo excelente y bien pensado del negocio, unos quieren que las utilidades se vean presto, no tienen paciencia para esperar que el negocio cuaje, para que el dividendo sea adecuado en cierto tiempo, y la impaciencia los hace separarse de sus compañeros. En cambio, los que poseen la fuerza moral, sabrán siempre investigar la causa por la cual el negocio no prospera con la rapidez deseada, y además rectificarán errores y harán de la propaganda el elemento básico para el éxito futuro. En este asunto, como en los problemas complejos de la vida, triunfarán los factores morales, porque son el estudio paciente de las causas que generan oscuridades y com-

plicaciones que enturbian la mente humana, y conocidos los móviles del mal, la aplicación del remedio se hace indispensable. El poseedor de esta fuerza sutil e imponderable, el que tenga fe en los factores morales, será paciente, tendrá la virtud de saber esperar tiempos mejores, porque ése tiene la seguridad en sí mismo, sabe que nada deberá esperar de fuera, sino que todo está en él, dentro de sí, en su mundo interior, y de su cantera espiritual sacará los materiales necesarios a su vida cotidiana y para su liberación. En este sentido, el teósofo sabe que la Divinidad crea las leyes naturales, que hemos de cumplir, y que la transgresión de ellas nos causará angustias, así como que los Maestros de sabiduría nos dan los conocimientos, fruto de su experiencia y nos trazan el sendero a seguir; pero que ni la Divinidad ni los Maestros nos salvarán, sino que somos nosotros los que debemos transitar el sendero, somos los que tenemos que liberarnos por nuestro esfuerzo, con nuestro trabajo.

Ya habréis comprendido, amigos míos, que los factores morales de que he venido hablando son las ideas de bien y de progreso que llevamos dentro como una luz guiadora, como el impulso inicial para todas las cosas buenas, creadoras, fundamentales. Decía Martí que "trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras" y que "no hay proa que taje una nube de ideas, porque una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, pára, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón". Esto quiere decir que la idea, el espíritu o factor moral de las cosas esenciales, no muere. Y de ello tenemos una prueba irrebatible: los fariseos hicieron crucificar y morir al cuerpo del Maestro Jesús, pero no pudieron matar sus hermosas ideas de redención, de amor y tolerancia, pues de su tumba nacieron capullos de eternidad, floreció el cristianismo, la religión fundamental por excelencia.

Exaltemos, tengamos fe en el triunfo de los factores morales en esta guerra catastrófica. Yo mantengo la esperanza de que, una vez terminada la contienda fiera, han de surgir cosas nuevas, edificantes, porque el progreso, la idea de evolución de los seres humanos, es incesante. Me parece ver el advenimiento de un arte, una literatura, ciencia y filosofía nuevos, y el triunfo de la verdadera religión cristiana, es decir, novedosos elementos de belleza. Hemos de ver a los poetas épicos cantando el heroísmo, así el de los campos de batalla como el de los pueblos ensordecidos por la metralla homicida; músicos, compositores, creando otros ritmos melódicos que eleven el alma hacia las regiones

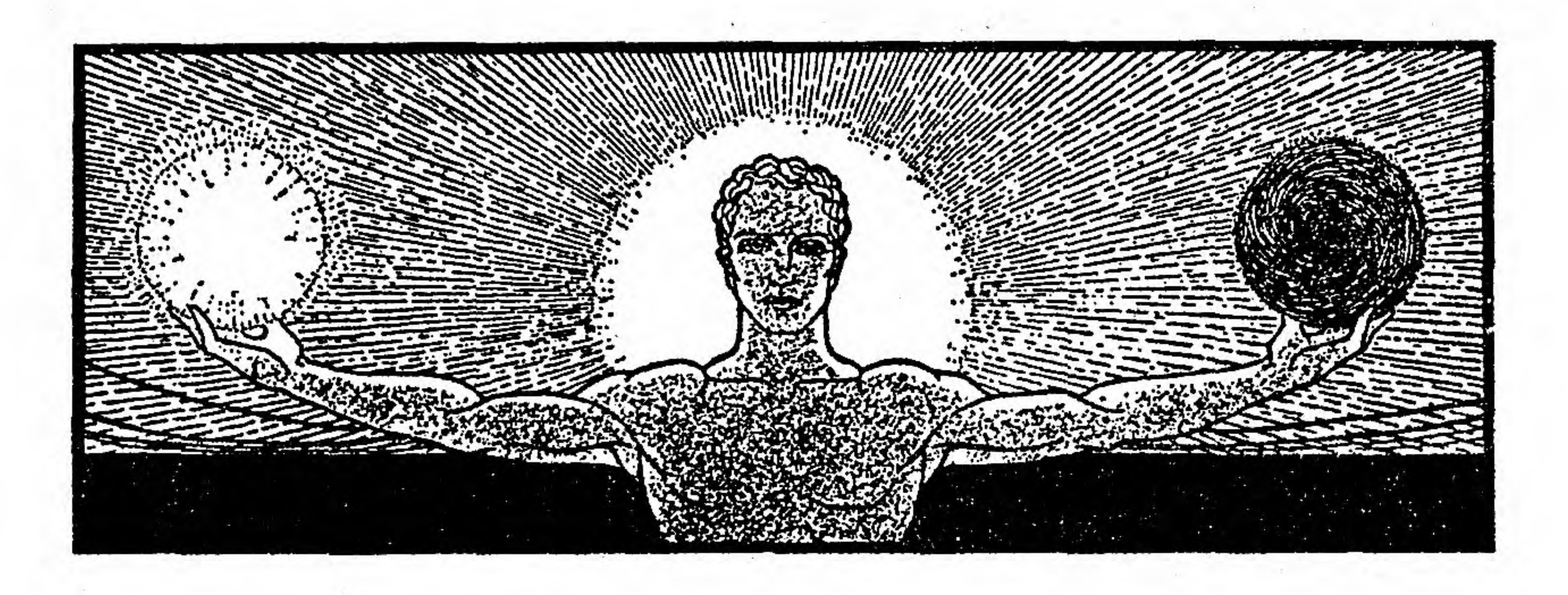
puras de la ensoñación; misioneros de la nueva fe teosófica, dando a conocer el mensaje salvador por la exaltación de la belleza moral, esa belleza creadora, que es el más hermoso, el más firme, el más perdurable factor que nos elevará en esta tierra de duras pruebas y sacrificios, sobre todas las perspectivas...

NAVIDAD

Ya se acerca la fecha milagrosa
en que a la tierra infundes nueva vida,
compartiendo del hombre
el asfixiante ambiente,
que el insano egoísmo,
la soberbia maldita,
y el orgullo cruel hacen más denso.
¿Cómo soportas el cruel martirio?
¿Qué inmensa hoguera
de purísimo amor arde en tu espíritu,
para bajar a este antro de ignominias,
tus flúidos esparciendo
cual esencia divina,
purificando así la tierra toda?
Esa noche bendita,
que el hombre conmemora
inmolando inocentes criaturas,
su cuerpo y su conciencia envenenando
con el hálito impuro del alcohol y la sangre,
—porque ignoran su divina grandeza—
te esperaré, Señor, como otros años,
bendiciendo el momento milagroso,
toda mi fe poniendo en mis plegarias.
Y hasta tí llegarán,
como humilde holocausto
y amante desagravio,
mi esperanza, flor que sembró tu mano,
y que en mi alma su perfume esparce,
de mi vida el dolor
y de mi amor la inextinguible llama.

1938.

Altagracia SANCHEZ.



LA JUSTICIA

Juan Cruz Bustillo

Pitágoras dijo: "Lo más grande, la Justicia".

El ordenamiento de todas las cosas divinas está basado en la justicia. La Ley de Karma, que es justicia retributiva, gobierna y regula el funcionamiento de los Sistemas de Mundos dentro del Cosmos. Todo descansa en la justicia, y como es arriba, así es abajo; pues el orden entre los humanos está basado también en la justicia. La ignorancia del hombre suele rebelarse contra la grandeza de la justicia, en la creencia de que ella limita, no ya su libre albedrío, sino su libertinaje, ignorando que el derecho de los unos termina donde comienza el derecho de los otros. Muchas veces llamamos injusticia a la aplicación de la Ley sobre nosotros, ya sea ésta justicia divina o justicia humana; y creemos que sólo hay justicia para nosotros cuando nos sentimos colmados de bienandanzas, que nos hacen la vida materialmente placentera. Tanto en el hombre vulgar como en el hombre corriente, suelen darse esas rebeldías contra el estado de cosas establecido en los pueblos; eso, como es natural, depende de los temperamentos humanos, pues los hay rebeldes por naturaleza, mientras otros son de carácter apacible, o bien activos, pero subordinados. La lucha más grande que tiene el sér humano no es precisamente la llamada "lucha por la vida", en que entran como factores principales la comida, el vestido y la habitación; sino la lucha consigo mismo, que es constante; la que tiene el alma humana contra el dominio que quieren ejercer sus vehículos, tales como la mente concreta, que es intranquila y agresiva, el cuerpo emocional, que, impelido por el deseo, nos lleva a probar toda clase de sensaciones y emociones, que luego se traducen en pasiones o sentimientos

malsanos y a los cuales llamamos vicios, y también el cuerpo físico, de vibraciones pesadas y retardantes, que nos llevan a la pereza y a la glotonería. El alma humana goza con la justicia, y debemos, por el hábito constante, dominar nuestra personalidad hasta que toda nuestra naturaleza vibre feliz ante la propia y ajena justicia.

Vivir dentro de la justa medida, y reconocer el derecho que tienen los otros al disfrute de la vida, ésa debiera ser nuestra norma de conducta. La justicia es una para todos: he ahí su grandeza, aunque se manifieste en formas distintas y se le aplique a cada uno de acuerdo con su merecido. Ella es impersonal e imparcial, por eso, a Temis, la Diosa de la Justicia, se la simboliza vendada y con una balanza muy sensible.

Todo cuanto sufrimos en la vida, moral y físicamente, es el resultado de nuestras transgresiones de las leyes morales y físicas; bien en pasadas encarnaciones o en esta misma encarnación. Sufrimos exactamente lo que merecemos. Y uno de los aspectos de su grandeza es que resulta la gran maestra de nuestra vida; pues al restablecer el equilibrio u orden en nosotros, nos enseña cómo vivir en armonía con la Ley, de modo que seamos más felices o menos desdichados. Si nos aprovechamos de sus lecciones, marcharemos en armonía con nuestro *dharma,* y el alma nuestra irá adelante en su evolución; pero si desatendemos sus sabias lecciones, una y otra vez descargará la Ley su peso sobre nosotros en forma de sufrimientos. Porque queramos o no, el alma humana tiene que ascender poco a poco hacia su glorioso destino, ya sea con el agrado o el desagrado de nuestra personalidad.

Un remedo de esta justicia es la justicia que aplican los tribunales a los transgresores de las leyes nacionales. Esta podrá tener sus errores, sus exageraciones y hasta sus favoritismos; pero trata, en general, de mantener y restablecer el orden y el respeto mutuo en las relaciones políticas y sociales del pueblo. En los países donde la justicia es más refinada y más humana, hay mayor grado de civilización y de cultura. Y los hombres tratan de ajustar sus vidas a las leyes vigentes en su país; haciéndolo muy gustosos, pues saben que el respeto a las leyes es una garantía de bienestar para toda la comunidad. En las tribus salvajes, el poco orden que pueda existir, se basa más en el temor al cacique o al médico o sacerdote brujo, que en el verdadero concepto de la justicia. La vida de esos seres está gobernada por el deseo que los

impulsa a satisfacer sus imperiosas necesidades físicas o emocionales, y como los animales, todavía es el instinto el que los guía, ya que su sistema cerebro-espinal no ha alcanzado el desarrollo adecuado, y aún los influencia el sistema simpático. Los pueblos semi-civilizados luchan a brazo partido entre las influencias morales que les vienen del alma y las pasiones animálicas que se levantan de sus cuerpos emotivos. Es natural que cada pueblo se dé su propia justicia; pero la justicia divina o espiritual, es una para todos, y sin distingos en su aplicación. El *karma*, le da a cada uno lo que se merece; lo mismo bueno que malo, entendiéndose por malo aquello que nos trae dolor, limitaciones o enfermedades; aunque bien visto, todo es bueno en sus variados aspectos, ya que trae al alma experiencias que se traducen en sabiduría y en conciencia.

Es tan innato el sentimiento de justicia en el corazón humano, que hasta el hombre vulgar suele aceptar con conformidad un castigo, si comprende que la justicia se le ha aplicado rectamente.

El hombre corriente, educado, está presto a exigir que se le haga justicia, y también a concederla; pero el idealista, o uno que esté un poco más avanzado, estará siempre dispuesto a perdonar las injusticias que cometan con él, dejándole a la Ley Divina el ajuste de cuentas.

Seamos justos con los demás, del mismo modo que queremos que lo sean con nosotros. Si vivimos en justicia con los otros, es natural que vivamos en paz. ¡Y es tan sabroso vivir en paz con todo el mundo!.

Seamos justos con nosotros mismos; ésto es muy importante. La moderación en el vivir tiene su justo medio, y debemos aquilatarnos por el ejercicio de las virtudes hasta lograr descubrir en nosotros ese justo medio, y una vez hallado, tratar de mantenernos constantemente en él. Infinidad de influencias pecaminosas y malos ejemplos nos asaltarán a cada momento; pero la buena voluntad, alumbrada por la luz de la experiencia, nos ayudará a tenernos firmes y equilibrados con el Sol de la Justicia.

Apuntes y Comentarios

Antonio A. Duany

El sufrimiento, en sus múltiples manifestaciones, es el factor que más induce al hombre a reflexionar sobre la inestabalidad de sus consecuciones.

En lo más profundo de todo sér existe algo que quiere manifestarse como amor y felicidad y que, en nuestra ignorancia de lo que es esa realidad, percibimos como un vacío que necesitamos llenar, si hemos de experimentar satisfacción. Así surge el deseo de satisfacción, de ganancia, de seguridad: bases en que descansa nuestra actual civilización.

Si analizamos el deseo en nosotros mismos, podremos observar que éste es siempre dependiente; que la satisfacción que buscamos depende de algo o de alguien, y, por tanto, va inevitablemente acompañada del temor de no alcanzar lo que deseamos. Este temor impide que nos sintamos felices mientras nos esforzamos por realizar un deseo. Después de su realización surge el vacío nuevamente, haciéndonos desear algo más. El deseo, por lo tanto, destruye su propio fin; bien por el temor que lo acompaña antes de su realización, como por la frustración que implica la consecución de todo deseo.

Sin embargo, la gran mayoría de nuestras acciones son producto de nuestros deseos de satisfacción. Ejecutamos la acción como un medio, creando una dualidad entre el actor y la acción. Cuando el actor y la acción se confunden, es decir, cuando ejecutamos una acción por la acción misma, desaparece la dualidad y, por tanto, el temor, que es sufrimiento.

El temor, que acompaña todo deseo de satisfacción, hace surgir la voluntad, que es esfuerzo, resistencia y violencia. Podemos fácilmente comprobar esto observando nuestras reacciones cuando conversamos con una persona y tratamos de convertirla a nuestra opinión. También cuando tenemos un hábito que deseamos cambiar, por considerar que ya no es deseable. Una parte de nuestra mente se manifiesta como voluntad, que es esfuerzo, para vencer la voluntad del hábito de otra parte de la mente, que actúa como resistencia, violentándolo.

Cuando combatimos un hábito, que un deseo de satisfacción anterior estableció, sólo podemos sustituírlo con otro, pues siendo la mente la esencia misma del deseo, no puede la mente destruírse

a sí misma. Es decir, que si empleamos la voluntad del deseo, que es esfuerzo y temor, para destruír un hábito, sólo lograremos sustituírlo por otro, aunque sea más sutil y elevado, el cual, más adelante, desearemos sustituír nuevamente, cuando ya no nos dé satisfacción.

El deseo de satisfacción puede referirse lo mismo a cosas materiales que espirituales. Podemos desear riqueza, poder, gloria, conocimiento, rango espiritual, etc. Tan pronto realizamos nuestro deseo, surge nuevamente el vacío y el deseo de algo más. En la realización de la verdad cesa todo deseo; por tanto, mientras deseamos algo, no hemos realizado la verdad, que es la vida, que es amor, y el amor es su propia eternidad.

Con frecuencia confundimos el deseo, que implica posesión, con el amor. Sin embargo, hay algo fundamental que los distingue. El deseo depende siempre de algo o de alguien para su satisfacción; mientras que el amor es independiente. La emoción, que es amor, se manifiesta espontáneamente, inesperadamente, misteriosamente, sin que nuestra mente o deseo pueda provocarla. Si tratamos de reproducirla, ya no es emoción: es deseo. Si analizamos una emoción, en los raros momentos de éxtasis que tenemos. la destruímos; aunque no sucede igual si analizamos un deseo, porque el deseo pertenece a la mente, y ésta no puede destruírse a sí misma. La emoción, que es amor, pertenece a otra dimensión. El amor disuelve el deseo, penetrando profundamente su verdadero significado.

La voluntad del deseo, que es esfuerzo, nos encadena a los deseos, aunque éstos pueden ser cada vez más sutiles y elevados. La voluntad de la comprensión, que es discernimiento, nos libera del deseo por la percepción de su irrealidad.

La plegaria es un acto ennoblecedor cuando nace de un sentimiento intenso, de un ardiente deseo que brota de lo más íntimo de nuestro corazón por el bien de los demás, y se eleva completamente desligada de todo objeto egoísta o personal.

H. P. BLAVATSKY.

¿Cuál es el dharma de Cuba?

Respuesta a nuestra encuesta por

A. de J. González

Cada individuo y cada nación tienen un deber que cumplir en determinada etapa evolutiva; es decir, que para un período dado de la evolución de la Humanidad, el individuo y el conjunto de individuos (la nación), están destinados a contribuír con su aporte particular, con su tono de color, a los resultados que debe alcanzar la Humanidad entera al terminarse la correspondiente etapa. Se comprenderá, pues, que el *dharma* necesariamente es un factor variable, dependiente del estado de evolución y del período que se considere dentro del desenvolvimiento del Gran Plan. Hay que considerar, por otra parte, la "flexibilidad" que hasta cierto punto existe dentro de las normas de la evolución de la vida y de la forma. Nosotros sabemos que el Plan del Logos se completará de cualquier modo, pues dicho Plan es producto de la ordenación que subyace en cada partícula de materia y en cada centro de conciencia, ya que nada existe fuera de EL; pero no debemos olvidar que la manifestación es actividad constante, o sea cambio de lugar, modificación de intensidad vibratoria, acciones y reacciones, de modo que la meta establecida por el Logos será alcanzada de cualquier modo, pero los pasos intermedios para llegar al final dependen del ajuste de un sinnúmero de factores, y de ahí que en ciertos momentos nos parezca que las cosas suceden como si en realidad todo marchara en contra del Plan. Sin embargo, no debemos temer, ya que de las cenizas de una civilización que ha alcanzado su punto culminante surgen nuevas civilizaciones con otras tendencias, con nuevos *dharmas* que cumplir. En lo que respecta a nuestro país, considero que su *dharma* es la AMISTAD. No obstante los odios que se engendraron en Cuba durante el período colonial, motivados por cuestiones de raza en primer término, y por razón de los dominadores en segundo, después de establecida la República, todo esto se ha ido olvidando con rapidez, y hoy puede decirse que los odios de raza y de nacionalidad prácticamente han desaparecido. La sufrida raza negra, tan maltratada durante la esclavitud, hoy se desenvuelve entre los blancos con absoluta libertad, disfruta de iguales derechos y está orgullosa de haber contribuído con su sangre a la liberación del país. Los mismos

españoles, permanecieron en Cuba después de haberse terminado la contienda, y hasta el presente han sido los dominadores del comercio y constituyen familias nativas, por lo que al morir dejan sus capitales en manos cubanas. Referente a la inmigración de otros países, sabemos que gran número de extranjeros se procuran medios de vida entre nosotros y aun levantan grandes capitales, existiendo perfecta armonía entre ellos y el elemento nativo. No obstante, en los últimos años, se ha pretendido establecer sistemas políticos de disolución entre nosotros; se ha querido importar la política disolvente del aislamiento, y esto ha dado por resultado cierta tendencia hacia la repulsión de los extranjeros. Cuba es un país pequeño, y no obstante las dificultades de todo género que nos han afectado, la mayor parte de las veces debido a nuestra inexperiencia, hemos progresado bastante y estamos llamados aún a escalar muy sorprendentes alturas; pero no debemos permitir que se manche la tónica que hasta el presente hemos venido dando con bastante diafanidad. Que sean la amistad, la franca camaradería y la comprensión mutua los puntos culminantes de nuestro carácter; así cumpliremos el *dharma* nacional y Cuba crecerá dentro de una atmósfera de paz, de belleza y de armonía.

A NUESTROS LECTORES

Deseamos poner en conocimiento de cuantos nos leen que nos ha sido imposible continuar publicando la sección *Desde la Atalaya,* traducción de los editoriales de *The Theosophist,* originales de nuestro Presidente Internacional, Dr. G. S. Arundale, así como reproducir cualquier otro trabajo de dicha revista, porque las dificultades originadas en las comunicaciones a causa de la guerra europea nos han impedido recibir ningún número de dicha revista a partir del de septiembre, y según carta recibida por la hermana Ester de la Peña, Secretario General de la Sección Cubana de la S. T. es posible que esa interrupción en el envío de impresos se prolongue por algún tiempo. Entretanto, a más de algunos artículos del mismo *Theosophist* que por falta de espacio no habíamos reproducido en su oportunidad, publicaremos traducciones de *The American Theosophist,* órgano de la Sección Americana, y de los boletines de las Secciones Inglesa y Francesa, y, como de costumbre, trabajos originales de los teósofos de habla castellana, especialmente de los que pertenecen a nuestra Sección.

Sección Cubana de la Sociedad Teosofica

Scretario General y Presidente del Consejo Directivo: Ester de la Peña.
Secretario del Consejo: Celestino Aguilar.
Tesorero: Juan Cruz Bustillo.
Bibliotecario: Arcadio García.
Seis Consejeros por la Ciudad de La Habana: Andrés de Jesús González, Abelardo Auja, Celestino Aguilar, Alfredo Fontana, Juan Cruz Bustillo y David Whitmarsh.
Seis Consejeros por el Interior: Carlos Acosta, Dolores Anido de Rosell, Antonio A. Duany, Angel Terradas, Max López e Ignacio Muñio.

OFICINA Y BIBLIOTECA:

Veintisiete de Noviembre 164, Apartado 365, Teléfono U-2158.
La Habana, Cuba.

LOGIAS DE LA SECCION CUBANA

Provincia de Pinar del Rio

SELENE .. .. Pres. Leoncio Pascual Vicente.—Máximo Gómez 23, Pinar del Río.

Provincia de La Habana

ANNIE BESANT .. . Pres. Celestino Aguilar.—La Habana.—27 de Noviembre 164.—Martes, 9 p. m.
ATMA.. .. .. „ Juan Alfonso Sánchez.—Herrera 306, Luyanó, La Habana.—Sábados, 9 p. m.
DHRUVA. .. .. „ Ofelia Calves de Auja.—27 de Noviembre 164, La Habana.—Viernes, 9 p. m.
HERACLES .. .. „ Raquel Catalá.—27 de Noviembre 164, La Habana.—Jueves, 8.30 p. m.
KUT HUMI .. .. „ Hortensia Díaz de Villegas.—27 de Noviembre 164.—Miércoles, 9 p. m.
MAHA CHOHAN .. .. „ Carlos César Rodríguez.—Calle 21 No. 458, Vedado, La Habana.—Sábados, 9 p. m.
MARIE POUTZ.. .. .. „ David Whitmarsh.—Hospital 622, altos, La Habana.—Viernes. 9 p. m.
PSIQUIS.. .. .. „ Arturo Villalón.—Estrada Palma 214, Víbora, La Habana.—Domingo, 9 a. m.

Provincia de Matanzas

DHARMA. .. .. Pres. Luis E. Fernández.—Tello Lamar 75, Matanzas.

Provincia de Santa Clara

SOL DE MERCEDES.. „ Rosa M. de Perera.—Central Mercedes.
AMOR. .. .. Pres. Roberto Lanier Valdés.—Independencia esq. a Unión.—Domingos, 3 p. m.—Apartado 178, Santa Clara.
JINARAJADASA .. .. „ Carlos Acosta.—S. Sánchez del Portal 38, Camajuaní.

LEADBEATER.. .. .. „ Ignacio Muñío.—Apartado 33, Sancti Spíritus.

MORYA .. .. „ Román Veranes Rojas.—A. del Río 38, Remedios.

SOPHIA .. .. „ Ricardo Valdés.—Cristina 171, Cienfuegos.—Miércoles.

Provincia de Camagüey

DJWAL KUL.. .. .. Pres. Luis A. Rodríguez Acosta..—Máximo Gómez, Nuevitas.

LUZ DEL MAESTRO.. „ Angel Terradas.—Miguel A. Núñez 14, Vigía, Camagüey.

MAITREYA.. .. .. .. „ Francisco Rivera Alfonso.—Marcial Gómez 92, Ciego de Avila.

Provincia de Oriente

ARMONIA. .. .. Pres. Antonio Segura.—Los Maceo, Sagua de Tánamo.

ARTURO VILLALON.. „ José Ferrer López.—Jobabo.—Viernes, 8 p.m.

ESPERANZA. .. .. .. „ Pura Ferrer.—Victoria de las Tunas.—Miércoles, 8 p. m.

JOSE J. MARTI. .. .. „ Antonio R. Ramírez.—Apartado 48, Holguín. —Sábados, 8 p. m.

LIBERACION .. .. .. „ Amado Salcedo.—General Rabí 15, Jiguaní.

LOTO BLANCO. .. .. „ Antonio A. Duany.—Avenida 17, Vista Alegre.

LUZ DE ASIA .. .. .. „ Enrique Pérez Rizo.—Agramonte 7, Palma Soriano.—Domingos, 3 p. m.

PITAGORAS.. .. .. .. „ Ramón Cañete.—Merchán 66, Manzanillo.—Domingos, 2 p. m.

RAYOS DE LUZ. .. .. „ Juan A. Blanco.—Mármol 16, Bayamo.—Jueves, 7.30 p. m.

S. RUKMINI DEVI. .. „ José Blanco Gelpi.—Apartado 82, Guantánamo.

UNIDAD.. .. .. „ Amado Proenza.—Marrero 12, Banes.—Sábados, 8 p. m.

REVISTA TEOSOFICA CUBANA

Organo Oficial de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica

Publicación mensual.

Director: Raquel Catalá. — Jefe de Redacción: Rogelio González Ricardo. — Administrador: Ramón Mayola.

Veintisiete de Noviembre 164 - Apartado 365

La Habana, Cuba.

SUBSCRIPCION

Un año, en Cuba: $1.00 - En el Extranjero: $1.25 - Número suelto: $0.10

INDICE
del Vol. XXXIV
de la
Revista Teosófica Cubana
Año 1939

COLABORADORES EN ESTE NUMERO:

DUANY, Antonio A.: Una de las más distinguidas figuras de la Sección Cubana de la S. T. Gran animador de la Teosofía en Oriente, presidente de la logia *Loto Blanco,* de Santiago de Cuba, principal fundador del centro teosófico de *Ciudamar,* también en Santiago, y presidente de la Federación de Logias Orientales de la Sección Cubana.

HANKIN, M. B.: Miembro de la Sección Australiana de la S. T. Colaborador de *Theosophy in Australia*, la revista de la Sección, y de la estación 2GB de Sydney, donde se radian numerosos trabajos teosóficos.

HODSON, Geoffrey: Publicista teosófico de fama internacional. Véase el número de septiembre.

GONZALEZ, Andrés de J.: Ex-presidente de la logia *Kut Humi,* de La Habana, no de la Logia *Annie Besant,* como por error se dijo en el número de octubre. Tesorero y asíduo colaborador de la *Hora de Divulgación Teosófica* que se radia todos los domingos en esta capital. Uno de los más valiosos entre los miembros de la nueva generación teosófica.

LOPEZ, Pedro Alejandro: Miembro prominente de la logia *Dhruva,* de La Habana. Jefe de redacción del importante diario habanero *El Mundo,* escritor y periodista de bien ganada fama en el país, es uno de los valores genuinos de la Teosofía en Cuba, a cuya difusión dedica sus altas dotes intelectuales.

EN EL PROXIMO NUMERO:

La Labor Especial de los Teósofos. Extracto del discurso de *C. Jinarajadasa* en la Convención Anual de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica, Wheaton, julio 1939.

La Nueva Psicología y la Reeducación del Hombre, por *Mariano L. Coronado.*

Necesidad de una Fe, por el *Dr. Eduardo Domínguez.*

Nuestro deber hacia la Logia, por *Andrés de J. González.*

El Valor Espiritual de la Poesía, por *Donald H. Steward.*

El Arte, motivo de Perfección, por *Raimundo Ferrer.*



Imp. B. Pérez y Cía. Lamparilla 154, Habana.